

año anterior en poder de la canalla; el Estado de Sinaloa, excepto unos cuantos puntos que poseen los republicanos, es de los amigos del austriaco; en Culiacán mismo se cantaba, aunque á la chita callando y sin grandes aspavientos por no irritar el geniecillo de Rosales, lo mismo que pones tú en boca del famoso don Fadrique:

Te abraza el güerito; me alegro infinito;
¡Ay, hija, te pido por yerno á un francés!

Ya se alistaban los lechos para que descansaran los simpáticos aliados; ya se cortaban las flores que habían de ceñir sus frentes de héroes; ya se restregaban las caeceras en que habían de cocerse los potajes con que habían de relamerse los encerados bigotes, cuando Rosales se levanta un día sabiendo que acaba de desembarcar una expedición en Altata. Alista sus soldados (no pasarían de trescientos), recluta otros cien entre aguadores y vagabundos del lugar; se pone al frente de ellos, y diciéndoles: *Muchachos, voy á defender á la patria; el que quiera seguirme que me siga*, sale rumbo á Altata sin saber cuántos iban tras él ni si había servido de algo su discurso.

La mañana del 22 de Diciembre las dos fracciones de tropas estaban frente á frente: Rosales tenía en el centro de su batalla cuatro piececitas de montaña, enfilando el camino carretero un pequeño trozo de infantería; á la iz-

quierda estaba el batallón mixto que mandaba Jorge Granados con dos cañones más; á la derecha estaba el llamado batallón *Hidalgo*, mandado por Ascensión Correa. La caballería quedó de reserva.

Los franceses contaban con traidores y argelinos de los más viejos y valientes, y eran por todos quinientos hombres. Su seguridad de la ganancia era tal, que conducían impresas las proclamas que habían de dirigir á los culiches ó culiacaneros — que de las dos maneras les llaman las historias — luego de entrar á su tierra.

El tiroteo duró como media hora; pasada ésta ordenó Rosales una carga á la bayoneta; su disposición se cumplió sólo en parte, pues muchos de los peladitos reclutados á última hora arrojaron al suelo los fusiles... ¿Para correr? No, para luchar cuerpo á cuerpo con los feroces argelinos, que les excedían en habilidad para manejar el fusil; pero no en fiereza ni en ardor.

La carga, sin embargo, fué decisiva; los franceses empezaron á perder terreno y cuando ya retrocedían, el empuje de los dragones de Tolentino completó la derrota.

Los franceses tuvieron cosa de trescientos prisioneros, más de cincuenta muertos y heridos, y cayeron en poder de los nuestros el comandante Gazielle del *Lucifer*, siete oficiales más, una bandera, armas y municiones y muchísimas cruces y cintas. De los traidores escapó aquel tipo bulle bulle, metesillas y sacabancas de Jorge Carmona,

á quien bien empleado le habría estado tener una entrevista á solas con Rosales.

Lo curioso, lo más curioso de todo, es que después de esta batalla entraron á Culiacán más prisioneros que vencedores. Me parece que no ha habido en el mundo muchas refriegas así.

Habo en la batalla rasgos curiosos: el capitán Martín Ibarra consiguió lascar una pieza de artillería y llegar con ella hasta el campo republicano.

Un zuavo quiso besar la mano de Rosales, y el héroe se rehusó diciéndole: «¡Quite usted! en mi país no se acostumbra besar la mano á los hombres».

Un francés, rendido ya, disparó su pistola al teniente coronel Granados hiriéndole en el estómago. Sabiéndolo Rosales, mandó pasar frente á Granados á todos los prisioneros, decidido á castigar con la muerte al que había herido á traición á su compañero. «No está, no lo veo aquí», dijo Granados. Después se supo que sí se hallaba presente el heridor y que el generoso Granados no le denunciaba por evitar su muerte.

El veintitrés de Diciembre se levantó el campo, conduciéndose á los prisioneros, que en efecto entraron á Culiacán *en medio del regocijo de la población*, como ellos anunciaban en sus proclamas.

El ejército vencedor llevó en hombros y con todos los honores de la guerra el cadáver del capitán Fernando

Ramírez, que murió valientemente al dar la carga á la bayoneta.

Ya ves, Guillermo, cómo no todo ha de ser pierde, y cómo alguna hemos de ver los mexicanos. El triunfo de San Pedro nos venga de muchos fracasos, y á mí me pone (por lo menos ante tus ojos) como un profeta mayor, es decir, de los que aciertan algunas veces; que de los menores, esto es, de los que se equivocan siempre, ya lleva tiempo de ser tu regocijado y satisfecho

Nigromante.

DEL MISMO AL MISMO

Guaymas, 1865.

Viejo muy querido: basta ya de hazañas épicas (no hípicas como las de ustedes); ya no quiero referirte triunfos, vergüenzas, rasgos de valor, desfallecimientos y cobardías; todo eso está de más, ya que poco se consigue con ello.

Ya no quiero ser cronista de Rosales, á quien me tiene arrumbado por estas tierras el celo indiscreto—ya que no la ambición declarada—de sus émulos republicanos. Ahora voy á hacerte una poca de historia particular de este pobre desterrado, cojo como Tirteo, olvidado como Scipión y pobre como... tantos pobres que en el mundo han sido.

Hace quince días estaba en el pueblo de la Noria; había caído en mis manos un ejemplar de la edición de los *dezires* del Archipreste de Hita, y me reía para mis adentros hallando que no discrepo mucho del retrato que el desenfadado poeta hace de su persona:

Sennora (diz la vieja): yol veo á menudo,
 El cuerpo ha bien largo, miembros grandes, trefudo,
 La cabeza non chica, belloso pescozudo,
 El cuello non muy luengo, cabel prieto, orejudo.
 Las cejas apartadas prietas como el carbón,
 El su andar enfiesto bien como de pavón,
 Su paso sosegado es de buena razón,
 La su nariz es luenga, esto le descompón.
 Las encias bermeias, et la fabla tumbal,
 La boca non pequenna labios al comunal,
 Más gordos que delgados bermeios como coral,
 Las espaldas bien grandes, las munnekas á tal;
 Los ojos ha pequennos, es un poquillo bazo,
 Los pechos delanteros, bien trefudo el brazo,
 Bien complidas las piernas, del pie chico pedazo.

Y he aquí que sigo leyendo, y que cuando llego á aquello de

De talle muy apuesta, de gesto amorosa,
 Donegil, muy lozana, plascentera et fermosa,
 Cortés et mesurada, falaguera, donosa,
 Graciosa et risuenna, amor de toda cosa,
 La más noble figura de cuantas yo haber pud...

miro la figura más bella de mujer que he visto en mi vida; blanca, de pelo castaño, de ojos azules, graciosa, bien proporcionada y con unos andares, y con un modo de

hablar y con un chiste en los ademanes y un brío en las actitudes y un garabato que no sé con qué compararles.

Pasó acompañada de una vieja gorda que en los tiempos de Pedraza no ha de haber estado del todo mal, y de



un viejo con cara de susto, que al ver que me fijaba en la muchacha me miró con ademán de reto y blandió un roten que portaba en la mano derecha como diciendo: «atrévete y verás».

¿Quién es esta preciosa criatura? ¿Es hija del par de vejestorios que andan cosidos á ella como la sombra al cuerpo? No lo creo; habría que suponer que el padre Dante era profeta y que para el caso había escrito aquello de

Candida rosa nata in dura spina.

¿Es una hembra del partido? Imposible; ella parece más bien

Fija de algo et de alto linaje,

como dice el poeta de mi cuento.

¿Es...? ¿Qué sé yo lo que es? Pero sí se nota á legua que no procede de esta tierra, donde desde las señoras más encopetadas hasta la última hembra de las que trafican en las Olas Altas tienen un aspecto así, arrestado, provocativo, insinuante y... diré la palabra para que no se me indigeste, encantador. Pero como las últimas son demasiado burdas para mí y las primeras se reservan para los alemanes ó americanos que ocurren á estas felices playas, me resigno á mi abandono y sigo con las conjeturas.

Si no temiera que te burlaras de mí y que pensaras que estaba yo enamorado á lo tonto, te diría que me parece la muchacha una figura mística, un modelo de hada, de ondina, de ser misterioso y vago que me hechiza y me produce escalofríos...

Hasta otra, Guillermo mío; á ver si para entonces ya se calmó un poco el ardor que ahora siente

El Nigromante.

DEL MISMO AL MISMO

La Noria, 1865.

Hijo mío Guillermo: reina la paz en Varsovia: he hablado ya con la ninfa y la encuentro más bella, más interesante, más donosa y más delicada que nunca.

¿Y quién piensas tú que es el vejestorio que le sirve de rodrigón? Pues nada menos que nuestro amigo, el licenciado don Germán Caballero de los Olivos, excelente ciudadano que amaban Payno y Lafragua, que aceptaba don Benito y que no dejaba de mimar el jesuitón de Lerdo. ¿Ya le recordaste? Sin duda que sí, y sino te diré que él fué quien empezó el proceso contra los asesinos de Cañedo, el que acompañó á Arista hasta Nanacamilpa y el que les peroró á las turbas el día que Juan José Baz se erigió en el atrio de la Catedral como la estatua ecuestre de la despreocupación.

¿Ya le recordaste? Yo no guardaba ni memoria de su persona; pero al verme pasar él se fijó en mí y ahora fué á hablarme y á ofrecerse muy servidor mío.

La vieja es mujer de Olivos, y la niña es su nuera, porque está casada con un hijo del licenciado.

Y vaya que se presentan casos en este mundo: ¿de quién te figuras que es mi adorada parienta cercanísima? Pues de Jecker, hombre, de Jecker, del famoso Jecker; la pobre se casó con el chico de Olivos, mediante no sé qué sucesos melodramáticos, y como Germán tuvo vergüenza y se salió de la corte, ha andado con todo y nuera buscando alguien que se apellide republicano de buena ó de mala manera á fin de ofrecerle sus servicios y su persona. Ha andado ya por San Luis, por Jalisco, por Michoacán y ahora está aquí, pues el muchacho se halla al lado de Corona.

Yo voy á ver si le quiebro el ojo al diablo, y si dedicándome á amar á tan bella criatura consigo que ella me quiera un poco.

Esas esperanzas sostienen á tu amigo,

El Nigromante.



CARTAS DE LA GUERRA



MIGUEL Caballero de los Olivos, á Eugenia Jecker y Ubiarco, su mujer.

El Rosario, 1865.

Hijita mía de mi corazón: no recuerdo si la carta era muy larga ó si el tiempo era muy corto; lo que sí recuerdo es que te escribí muy compendiosamente lo que hubiera debido poner con muchos detalles y pormenores, á fin de que no te cupiera duda acerca de por qué no me reuní con ustedes tan pronto como quise.

Al desembarcar en Acapulco me proponía, ante todo, pasar á Michoacán, incorporarme á Arteaga y á Salazar y correr la ventura que el cielo quisiera depararnos; pero ¡mala peste! cuando más decidido estaba á ello, un amigo que no sé si maldecir ó bendecir me habló de lo apretado